

padres y los maestros debieran enseñar cuidadosamente que los niños tengan un tierno respeto por todo aquello que tiene vida, y que se abstengan de producir cualquier dolor innecesario; y esto no lo pueden hacer más eficazmente, que absteniéndose de procurarles á su vez, todo sufrimiento innecesario.

Hemos mencionado á los asnos. Este animal no es por cierto perverso. Lleva pesadas cargas con firme y seguro paso. En Suiza veis á los burros, pesadamente cargados con leña, caminando al borde de los precipicios, y volviendo puntualmente á casa con su carga. El burro ayuda diariamente al hombre pobre. Las personas dicen que es obstinado. Pero eso procede del mal trato que reciben. Hemos conocido burros afectuosos, trabajadores, bien dispuestos, y perseverantes.

La expresión *animales mudos* es quizá falaz. Los animales parece que tienen medios para comunicarse entre ellos, aunque no con palabras articuladas. Gimen, ó murmuran, ó gritan. Comunican entre sí por señas arbitrales. Hasta conocen el lenguaje humano. Vienen cuando son llamados. Los perros, los caballos, los elefantes y otros animales, obedecen á la voz humana.

De todos los animales, el perro es de quien se hace más confianza. El perro posee amor, obediencia, disciplina, conciencia, y hasta razón. Lord Brougham ha referido una historia de un pastor que perdió su perro escocés en una feria. El perro buscó en todas direcciones á su amo, y por fin olfateó sus pisadas. Siguió el rastro por cierto camino, hasta que llegó á un punto en que éste se dividía en tres. Olfateó el primer camino, después el segundo, y en seguida sin olfatear el tercero echó á correr por él. El razonamiento del perro parece haber sido éste: Mi amo no ha entrado en éste, el primer camino; no ha entrado en éste, el segundo; debe haber entrado en éste, el tercer camino. Q. E. D. ¹.

1. *Quod erat demonstrandum.* (Lo que habia que demostrarse). — Nota del T.

Ahora respecto de la conciencia. Una noche oscura se adelantó un perro fuera de su casilla y mordió á una anciana. Gritó ésta, y el perro soltó en el acto á su presa. ¡La anciana era quien lo había alimentado! ¡En qué aflicción estaba el perro! Si hubiera podido hablar hubiera dicho: « He mordido á mi mejor amiga, la que siempre me ha alimentado y ha sido siempre buena para conmigo. ¡Qué bestia he sido! » El perro estaba completamente avergonzado de su ingratitud. No quiso salir de su casilla durante tres días, ni siquiera para comer. Por fin lo arregló la anciana con el perro, y éste la colmaba con sus manifestaciones de amor y de gratitud.

Además, ¡cuán afectuoso es el perro! Todo el mundo conoce la historia del fiel perro Bobby. El perro estuvo en el entierro de su amo en el cementerio Greyfriar, de Edimburgo. No había piedra alguna que señalara el sitio, pero durante cuatro años vigiló Bobby sobre el pequeño promontorio. Nunca olvidó el lugar en que su amo estaba enterrado. Durante el verano y en el invierno — lloviendo ó nevando — allí estaba Bobby. Aunque lo echaban á latigazos del sepulcro, siempre volvía. Amaba á su amo más que á sí mismo. Enflaqueció al extremo de no ser sino huesos y piel, un perro arrapiezo, muerto de hambre.

Al fin se hizo público el hecho por unos empleados de los impuestos municipales, que querían imponer la contribución sobre el perro. Pero no había quien lo reclamase. Su amo estaba debajo de tierra. Algunos le dieron alimento, algunos lo quisieron para sí, pero él no quería abandonar el sepulcro. Su amor era completamente desinteresado. Después de vigilar y esperar durante cuatro años, murió el afectuoso perro. Entonces se levantó un pequeño monumento en la calle, al lado de la portada del cementerio Greyfriar, para perpetuar la memoria del fiel y cariñoso Bobby. ¡Qué lección de gratitud y de amor para los seres humanos!

El capitán Hall refiere un incidente de la infancia de sir Walter Scott, que ejerció una poderosa influencia en su vida interior. Cierta día pasaba un perro cerca de él, cogió una

pedra y se la arrojó. Quebróle una pata al perro. El pobre animal tuvo suficientes fuerzas para arrastrarse hasta él y lamérle los pies. Dícese, que este incidente le causó el más amargo remordimiento. Jamás pudo olvidarlo, pues era un hombre de sensibilísimo corazón. Siempre tenía en torno suyo á sus favoritos. Poseía un caudal de afecto para todo ser creado. Escribió sus novelas con sus perros á su alrededor, Maida, Nemrod, y Bran. Maida era la predilecta. Murió durante la vida del poeta y mandó construirle un monumento esculpido frente á su puerta. En su novela de *Wood stock* conmemora el retrato acabado y lleno de afecto de la vieja Maida con el nombre de Bevis.

Son admirables la fidelidad y el apego de los perros. ¿No tenemos los célebres Bedgellerd de Gales? ¿los San Bernardo que han salvado tantas vidas de entre la nieve de los Alpes? ¿los célebres perros Rap y Nipper, tan admirablemente pintados por el doctor Juan Brown? ¿el perro de Montargis, que defendió en vano á su amo, Aubri de Montdidier, cuando fué atacado por su enemigo mortal Macaire, y que después guió al descubridor del asesino? ¿y el perro del duque de Richmond, conmemorado por Van Dyke, cuya sagacidad y valor salvó á su amo de ser asesinado?

Sir Wálter Scott refiere en su *Diario* la historia de un perro que salvó á su amo de ser quemado vivo. « Lord R. Kerr, dice, nos dijo que tenía una carta de lord Forbes (hijo del conde Granard, Irlanda), en la cual le refiere que estaba durmiendo en su casa, en Castle Forbes, cuando fué despertado por una sofocación, lo cual le imposibilitaba de tener las fuerzas necesarias para poderse mover, dejándole sin embargo, consciente de que su casa ardía. En este momento, y estando ya su habitación en llamas, saltó su perro sobre su cama, cogióle de la camisa, y le arrastró hasta la escalera, donde el aire fresco le restauró las fuerzas de resistencia y pudo escapar. » Este caso es muy diferente de los de la mayor parte de salvamento hecho por la raza canina, donde el animal generalmente se echa al agua, en cuyo elemento tiene fuerza y ha-

bilidad. El del fuego le es tan hostil como al género humano.

Y ahí están finalmente los perros de Pompeya y Herculano. El molde del primero está sacado de la cavidad de ceniza en que fué descubierto. Murió de sofocación y de angustia. Pero al igual del centinela, no abandonó su puesto ni por un instante. El perro de Herculano, Delta, ha dejado tras de sí una admirable historia de valor. En el desentierro de la ciudad cubierta de lava fué encontrado su esqueleto extendido sobre el de un muchacho como de doce años de edad, muy probablemente llevando con los dientes su carga para evitar que fuese sofocado ó quemado. Pereció el niño como asimismo el fiel Delta; pero queda un collar para referir el noble valor del perro. Relata que había salvado tres veces la vida de su amo: del mar, de los ladrones y de los lobos.

Se ve por esto que las tendencias morales é intelectuales del hombre están simbolizadas en grado notable en el espíritu animal; que son capaces de tener amor, fidelidad, gratitud, sentimiento del deber, rectitud de conciencia, amistad, y la más elevada abnegación. Hablando del perro dice Hartley en sus « Observaciones sobre el hombre, » que parece que nosotros estamos en lugar de Dios para él: para sustituirle, y con poderes para recibir homenaje en su nombre; y agrega que estamos obligados, por esa misma tendencia, á ser sus guardianes y bienhechores.

Dice Darwin: « Vemos una aproximación distante á este estado de espíritu en el profundo amor de un perro por su amo unido con sumisión propia, algún miedo, y quizá otros sentimientos. La conducta de un perro cuando vuelve á su amo después de una ausencia, y como puedo agregar, la de un mono á su querido guardián, es muy diferente de la que observa para con sus compañeros. En este último caso, aparecen ser menos los trasportes de alegría, y el sentimiento de igualdad se manifiesta en todos sus movimientos¹ ». Así es pues. dice Nicholson, cómo muchos animales son más discre-

1. Origen del Hombre. 1. 68

tos y mejores que muchos hombres, y que algunas razas enteras de hombres.

Por ejemplo, he aquí un caso en que el animal fué mucho mejor que el hombre. Cierta perro pertenecía á un hacendado del Cumberland. El hombre hizo una apuesta de que su perro conduciría una majada de ovejas desde Cumberland hasta Liverpool, una distancia de más de cien millas, sin ayuda y sin que se le vigilara. Teniendo presente lo tortuoso del camino, los grupos de animales y de transportes que se encuentran en el camino, y lo largo de la jornada, parecían imposibles las probabilidades á favor del perro. Sin embargo, en el transcurso de algunos días, llegó el perro á Liverpool con toda su majada. El perro había cumplido con su deber, pero estaba pereciendo de hambre. Después de entregar su majada, cayó muerto en medio la calle, en Liverpool, víctima de la brutalidad de su amo.

Todos recordarán la historia de Androcles y el león. Estando escondido Androcles en una cueva vió que se aproximaba un león. Temió ser devorado. Pero el león venía cojeando, y parecía sufrir un gran dolor. Androcles se aproximó con valor, tomó la pata del león, y le sacó una gran astilla de madera que había enconado la carne. El león estaba agradecidísimo y le hacía fiestas. Después, cuando Androcles hubo sido preso y enviado á Roma para ser entregado á las fieras salvajes, fué soltado un león para que lo devorase. Era el mismo león á quien Androcles había aliviado de su angustia. El animal recordó con gratitud á su salvador, y en vez de devorarle, fué hacia él para acariciarle. Appiano declara que él mismo fué testigo ocular de la escena entre Androcles y el león en el circo de Roma.

¿Tienen los animales algunos derechos? Ningún derecho legal, ciertamente, excepto aquellos concedidos por la ley. Pero tienen el derecho de vivir y de gozar. La justicia, dice Juan Lawrence, en la que se hallan incluidas la misericordia y la compasión, tiene relación obvia con el sentido y el sentimiento; y la justicia puede serles aplicada en cualquier forma.

« La cuestión no es, preguntar dice Jeremías Bentham, ¿pueden razonar? ni tampoco, ¿pueden hablar? sino, ¿pueden sufrir? Éste es el modo de sentar la cuestión. La conciencia de los pueblos más civilizados les dice que traten á los animales con bondad, que tengan presente su felicidad lo mismo que la de aquellas personas que viven en torno suyo. »

Sir Arturo Helps transcribe un pasaje de Voltaire, en el cual le hallamos hablando en defensa de los derechos de los animales.

« ¿Es posible que haya alguien que pueda decir ó afirmar por escrito que los animales son máquinas, desprovistos de conocimiento y de sentido, que tienen una similitud en todas sus operaciones, y que no pueden aprender ni perfeccionar cosa alguna? ¡Cómo! Este pájaro que hace un nido semicircular cuando lo fija contra una pared, que, cuando lo hace en un ángulo, le da la forma de un cuadrado, y circular cuando lo construye en un árbol; ¿es esto tener una similitud para sus operaciones? Este perro después de una enseñanza de tres meses, ¿no sabe más que cuando lo tomasteis en vuestro poder? Vuestro pinsón real, ¿repite una melodía desde la primera vez que la oye? ó más bien, ¿no es después de algún tiempo cuando podéis conseguirlo? ¿no se suele equivocar y no adelanta con la práctica? »

« ¿Es porque hablo por lo que me concedéis sentido, memoria ó ideas? Bien, estoy callado; pero me veis llegar á mi casa muy melancólico, y que con precipitada ansiedad busco un papel, abro un escritorio, en donde recuerdo haberlo puesto, lo tomo, y lo leo con manifiesta alegría. De esto inferís que he experimentado pena y placer, y suponéis que tengo memoria y conocimiento. »

« Haced igual referencia con respecto de este perro, quien, habiendo perdido á su amo, anda en busca de él por todas las calles con gritos de aflicción, y vuelve á la casa agitado y desasegado; sube las escaleras, las baja, corre de una pieza á otra, hasta que al fin encuentra á su amo querido en su escritorio, y demuestra su contento con sus ladridos en voz baja, sus gestos y sus caricias. »

» Este perro, tan superior al hombre en su afecto, es cogido por algunos *virtuosos* bárbaros, que lo clavan á una mesa, y lo disecan estando vivo, para mostraros mejor las venas mezeiraicas. Veis en él todos los mismos órganos de sensación que se hallan en vos. Ahora, anatomistas, ¿qué decís? Contestadme. ¿Ha creado la naturaleza en este animal todos los resortes de la sensación, para que no pueda sentir? ¿Tiene nervios para carecer de placer ó de dolor? ¡Salid con eso! no hagáis cargos á la naturaleza de semejante debilidad é inconsistencia.

» Pero los doctores escolásticos preguntan de qué es el alma de los animales? Ésta es una pregunta que no comprendo... ¿Quién formó todas estas propiedades? Quién ha implantado todas estas facultades? AQUEL que hace que el pasto crezca, y que la tierra gravite hacia el sol. »

Es singular cómo un animal puede captarse el corazón humano. Ebenezer Elliot, el versista de la Ley de Granos, dijo: « Si no fuese por mi gato y mi perro, creo que apenas podría vivir. » Hasta un gato puede hacer que una persona se apegue á su casa. Una vez salió de la escuela un niño, y no sabía qué hacer de sí mismo. Se puso inquieto. Ansiaba fugarse. Deseaba ver el mundo y las cosas que contenía. Pero tenía un gran afecto por el viejo Tabby. Pensó que podían ahogarlo ó regalarlo; quedóse pues, en su casa. Acertó obrando así porque al fin salió todo bien en su favor.

Thoreau, de Concordia, Massachusetts, era como los antiguos ermitaños en su amor por los animales. Se fué á los montes en 1845, cerca de Walden Pond. Principió á construir una casa, para sorpresa de los coatis y de las ardillas. Pero los animales vieron muy luego que él no pensaba hacerles daño alguno. Solía acostarse sobre un árbol caído, ó al borde de una roca, y permanecer completamente inmóvil. Las ardillas ó los coatis, ó las marmotas, se le aproximaban más y más, y hasta le tocaban. La noticia corrió por los bosques de que había un hombre entre ellos que no los quería matar. Nació una hermosa simpatía entre el hombre y los pájaros y

los cuadrúpedos. Acudían á su voz. Hasta las víboras se enroscaban en sus piernas. Al tomar una ardilla de algún árbol, rehusaba dejarlo el animalito, y escondía su cabeza en el chaleco de Thoreau. Hasta los pescados del río le conocían. Se dejaban sacar del agua con entera confianza de que él no les iba á causar daño alguno. Había construido su casa sobre el nido de un ratón del monte, y al fin el ratón que estaba aterrorizado al principio, salía y comía las migajas que dejaba caer á sus pies. Después corría sobre sus botines y sus ropas. Finalmente se hizo tan manso el ratón, que se le subía por las ropas, y en sus mangas, y al rededor del papel que contenía su comida, mientras él estaba sentado en un banco. Cuando tomaba un pedazo de queso venía el ratón y lo roía, sentado en su mano, y cuando había concluido, se limpiaba la cara y las patitas, lo mismo que una mosca, y en seguida se iba. Nunca hemos oído de una comunión semejante entre el hombre y los animales, exceptuando los casos de los ermitaños, tan abundantemente anotados por Kenelm Digby, en sus *Mores Catholicæ*.

Cuando Teodoro Parker, tomó una piedra para lanzarla contra una tortuga de un estanque, se sintió contenido por algo en su interior. Fuése á su casa y le preguntó á su madre lo que era ese algo. Díjole ella que ese algo era lo que comunmente se llama conciencia, pero que ella prefería llamarlo la voz de Dios dentro de nosotros. « Esto, dice Parker, fué el punto de partida de mi vida; » y éste fué su modo de aceptar la verdad de la divinidad del Espíritu Eterno que habla á nuestro propio espíritu.

« No hay nada en la voluntad del hombre, dice el reverendo J. S. Wood, que sea tan poderoso para educar los animales de escala inferior como la bondad ciudadosa. Decisión inflexible, unida á la bondad y simpatía, son armas irresistibles en manos del hombre; y no creo que haya animal alguno que no pueda ser sometido si el hombre apropiado emprende la tarea.

» Con mezcla de firmeza y de bondad fué hecho dócil y obediente en tres horas aquel rabioso y salvaje caballo *El Corsario*,

obedeciendo á la menor señal de su domador, y permitiendo que se le manejara libremente sin dar signo alguno del menor resentimiento.

» Una vez vi trabajar al señor Rarey con un espléndido caballito negro de raza árabe, que se abalanzó como un tigre contra él, pateando, mordiendo, y bufando al mismo tiempo, atacándole ora con sus quijadas, ora con sus patas... Á la media hora estaban acostados juntos en el suelo Rarey y el caballo, descansando la cabeza de Rarey sobre una de las pezuñas traseras, y la otra la tenía puesta sobre su sien... Había impreso en la memoria del animal que no se quería hacerle mal alguno; así es que el caballo, en vez de sentir miedo ó cólera, concibió cariño por el hombre, que no le producía dolor, y que sin embargo enseñaba que debía ser obedido ¹. »

En todas partes existe muchísima crueldad para con los pájaros y los cuadrúpedos, en gran parte por falta de reflexión. En Italia lo enferma á uno completamente. Los pájaros se usan para diversión de los niños. Atan una cuerda á la pata de un pájaro. Cuando el pájaro intenta volar, tiran de la cuerda. Cuando quedan agotadas sus fuerzas para volar, es generalmente desplumado vivo y descuartizado. Los niños no pueden comprender que un cuadrúpedo ó un pájaro pueda ser una criatura de la misma especie. Cuando se hace alguna observación sobre esto, contestan que : « Non è Cristiano, » no es cristiano.

En Nápoles veis á los pequeños caballos al galope, llevando una carga de pasajeros. Los arneses penetran en sus lomos hasta que están enrojecidos. Cuando pasáis por los caminos, veréis á los caballos que están inútiles. Se les deja en espera de que se mejoren sus heridas, y entonces se les vuelve á poner al trabajo. Una mañana, se veía venir un carro abierto por la Strada di Roma, sobrecargado de peso. Contenía hombres y mujeres que venían del mercado con sus productos vegetales.

1. *Hombre y animal*, por Wood, 1. 206-7,

Un sacerdote estaba en medio de ellos. El caballo galopaba como de costumbre. La calle estaba mojada; el caballo resbaló y cayó. Hubo un grito, y una huida general de pasajeros por sobre el costado del caballo, las mujeres, los repollos, los hombres, las naranjas, y el sacerdote. Sólo fué una sorpresa del momento. El caballo fué levantado, el carro vuelto á llenar con los canastos; las mujeres, los hombres, y el sacerdote, treparon otra vez, el caballo fué azotado, y allá se fué galopando calle abajo.

¡No hay esclavitud en Inglaterra! Pero fijaos en los caballos de los ómnibus, de los coches y de los carros, y veréis que la esclavitud existe para los caballos. Ha dicho Jaime Howell, secretario de la municipalidad, hace ya años, en 1642, que Inglaterra es llamada « el infierno de los caballos », y no sin razón. Los coches son arrastradas por animales aniquilados, y una ó más de sus patas están llenas de dolor. Podéis ver cómo uno de ellos levanta suavemente su mano, y la vuelve á descansar del mismo modo. Quizá está lleno de grandes piedras el camino sobre el cual tiene que andar arrastrándose. Preguntad al caballo de carro cómo es tratado. Es condenado á ser pateado y azotado durante una larga vida de trabajo, á hacer esfuerzos y á bambolear bajo sus cargas, á soportar el calor, el frío, y el hambre, sin resistencia. Al fin es enviado al matadero de caballos, para que su carne sea vendida para los perros.

Para mitigar la tortura de los caballos cargados con exceso, que subían y á veces se resbalaban sobre las calles que salen del Támesis, cerca del Puente de Londres, salía diariamente una bondadosa señora con su sirviente y esparcía arena gruesa por las calles. La hemos visto á menudo en medio del tráfico, bajo las narices mismas de los caballos, esparciendo la arena gruesa en los caminos; continuó esta tarea durante muchos años. Cuando murió, no olvidó á los pobres caballos. Dejó una suma considerable en manos de sus albaceas, para que « por siempre » fuera aplicada en la distribución de arena gruesa sobre las inclinadas y resbaladizas calles de Londres. Su

nombre no debe ser olvidado. Era la señorita Lisetta Rest, y había ocupado el puesto de organista durante cuarenta y tres años en la iglesia de Allhallows, Barking, en la calle de la Torre.

Preguntad al caballo de carruaje, desollado por su detestable rienda de cabezada, y que lleva por el Row á la altiva belleza, teniendo su boca cubierta de espuma y algunas veces llena de sangre; y ¿qué os diría? Que lo mismo los hombres que las mujeres son sus desapiadados tiranos. Y sin embargo, esas señoras asisten á los *meetings* que tienen lugar contra la vivisección para protestar contra la crueldad para con los animales¹.

El hombre ha esclavizado al caballo, al burro, al camello, al rengífero, y á otros animales; ejecutan sus mandatos; llevan sus cargas; cambian una existencia de libertad por otra de dolor y de trabajo. Ellos gimen y cocean bajo el látigo, el freno y la cadena. En una carrera con obstáculos en Liverpool, tuvieron que matar después de la carrera más de cinco caballos. Tres tenían el lomo quebrado y dos tenían las patas rotas.

« Algunas veces pienso, dice sir Arturo Helps, que es una desgracia para el mundo que el caballo haya sido domesticado.

1. La siguiente carta es tomada del *Times*, abril 13 de 1880: « Señor, en favor de la causa de los desvalidos que sufren, recorro á vos por un pequeño espacio en vuestras columnas para protestar contra la crueldad que se ejerce diariamente con los caballos de los carruajes, generalmente aquellos que son de la más valiosa clase. Además de la riendilla tirante, se usan ahora frenos que producen verdadera tortura. Ayer pasó á mi lado en Bond Street un hermosísimo landó tirado por un par de magníficos caballos moros azulados: la rienda de cabezada estaba horriblemente tirante, y la boca del caballo de la derecha estaba *espumando con sangre*. ¿Es posible, me pregunté yo, que la joven pareja que ocupaba el carruaje, pueda saber de todo este sufrimiento? Para aquellos que como yo, aman los caballos y estudian su bienestar, son dolorosos estos espectáculos. Soy entendido en caballos, y de una mirada sé si están bien. ¡Ay! nada se me pusa, y mi paseo de la tarde casi diariamente me es amargado por espectáculos como el que acabo de describir, ó es la boca llena de sangre, ó la lengua hinchada y casi negra por la presión del freno, la cabeza asegurada en una posición que no es natural, y otros signos de malestar. Pregunto yo, ¿todo este miserable sufrimiento es impuesto por ignorancia, ó inadvertencia ó despiadada crueldad? Permitid que suplique encarecidamente á aquellos que son los dueños de caballos, que tengan conmiseración de ellos; pertenecen á las criaturas más nobles de Dios, y son los servidores más fieles del hombre. »

El caballo es el animal que peor ha sido tratado por el hombre, y su sujeción no ha sido del todo un beneficio para la humanidad. Las opresiones á que ha contribuído desde los más remotos siglos, han sido excesivas. Á él debemos mucho de las rapiñas cometidas en « las obscuras edades ». Y tengo la idea persistente de que ha sido el principal instrumento de las más sangrientas guerras. Quisiera que los hombres mismos tuviesen que arrastrar sus cañones cuesta arriba. No será dudoso que ellos se rebelarían contra ello. Y un jefe que estuviera obligado á estar á pie durante toda una campaña, se cansaría pronto de la guerra¹. »

En el libro de Job, escrito hará unos tres mil cuatrocientos años, tenemos una descripción del caballo de guerra. « ¿Has dado tú la fuerza al caballo? ¿Has revestido su pescuezo con el rayo?... La auréola de las ventanas de su nariz es terrible. Escarba la tierra en el valle, y goza con su fuerza; sale al encuentro del hombre armado; burlase del miedo, y no se asusta, ni retrocede ante la espada; de lejos huele la batalla... el tronar de los capitanes y el vocerío. »

Virgilio también habla del caballo de guerra, en su tercera Geórgica, escrita muchos siglos después:

The fiery courser, when he hears from far
The sprightly trumpets and the shouts of war,
Pricks up his ears, and, trembling with delight,
Shifts place, and paws, und hopes the promised fight².

El caballo de guerra de los frisos del Partenón en Atenas, que se hallan ahora en el Museo Británico como los Mármoles de Elgin, pone de manifiesto el orgullo que los griegos sentían por estos nobles animales. En una época posterior, sabemos que Méjico y el Perú fueron conquistados principalmente con la ayuda del caballo. Los indígenas _____ han como á dioses á

1. *Los animales y sus amos*, página 20.

2. El activo corcel, cuando de lejos oye el sonoro clarín y los gritos del combate, levanta sus orejas, y estremeciéndose de placer, cambia de lugar, y escarba la tierra, y espera ansioso la lid.

los guerreros montados. Huían ante sus cargas y eran destruídos á miles. Y sin embargo, estos países habían alcanzado cierto grado de civilización sin el uso del caballo. Cuando los españoles devastaban el país encontraron miles de casas bien construídas, con sus jardines. « Dudo, dice sir Arturo Helps, que hubiera un solo mejicano tan mal alojado como lo están millones de nuestros pobres compatriotas. » De ahí que se ofrezca á menudo esta pregunta : ¿ Hacemos realmente algún progreso en la civilización? ¿ Somos mejores de lo que fueron los griegos ó los romanos, ó los mejicanos, en las épocas de su mayor ilustración?

CAPÍTULO XIV

Humanidad para con los caballos.
Eduardo Fordham Flower.

Era el alma de la bondad, y todos los elogios que de él hacemos son como corrientes sacadas de una fuente, que continúa manando abundante, y deja aún mayor la parte que queda. — SHAKSPEARE¹.

Ora bien, quien bien ama, tanto el hombre como el ave y el cuadrúpedo : ora mejor quien mejor ama todos los seres, tanto grandes como pequeños : porque el Dios querido que nos ama, á todos hizo y á todos ama. — COLERIDGE².

La nobleza de la caballería llamada propiamente así, estriba en el reconocimiento del orden y temor de la vida inferior y superior... Nada hay quizá, más profundamente significativo en toda la Iliada, en toda la literatura, nada hay más perfecto en la ternura y veneración humana por los misterios de la vida inferior, que los versos que describen el pesar de los divinos caballos á la muerte de Patroclo, y el consuelo que les fué dado por el más grande de los dioses. — RUSKIN³.

¡ Cuánto debemos al caballo ! Para muchos es fuente de contento y de placer. En su juventud y belleza es el favorito de su dueño. Los hombres, las mujeres y los niños aman al caballo;

1. He was the soul of goodness.
 And all our praises of him are like straams
 Drawn from a spring, that still rise fur, and leave
 The part remaining greatest. — SHAKSPEARE.

2. He prayeth well, who loveth well,
 Both man, an' bird, and beast;
 He prayeth best, who loveth best,
 All things, both great and small;
 For the dear God who loveth us,
 He made and loveth all. — COLERIDGE.

3. The gentleness of chivalry, properly so called, depends on the recognition of the order and awe of lower and loftier animal life.... There is, perhaps, in all the Iliad, nothing more deep in significance — there is nothing in all literature more perfect in human tenderness and honour for the mystery of inferior life — than the verses that describe the sorrow of the divine horses at the death of Patroclus, and the comfort given them by the greatest of the gods.

RUSKIN.